

LOS INFELICES SETENTA

viejas y cruentas lobotomías serán pronto un error burdo del pasado, porque la sutileza química y la ametralladora electrónica harán el trabajo con más garantías y sin sangre, que es tan escandalosa.

Pero no tanto como para impedir que el doctor J. White, de Cleveland, sea capaz de aislar el cerebro de un mono, deshaciendo el cuerpo en una carnicería nauseabunda, pero dejando que el cerebro aislado continúe vivo. Dicen que los japoneses lo hacen todavía mejor y nada impide, científicamente, que un buen día nos aisen el cerebro a nosotros y lo maten en una palangana nutricia para que siga discurrendo, el pobre, lo que pueda.

Bueno, naturalmente, nada más limpio que la intención de un científico. Cada una de estas cosas y otras muchas más tiene como finalidad un purísimo acto médico y, ciertamente, unas cuantas podrían servir, y servirán, para remediar las desdichas de los infortunados. Pero hay en todo el tinglado una voluntad más vasta, menos controlable, más difícilmente identificable. La informática permite un perfecto cotilleo en nuestras, por supuesto semidelictivas, actividades diarias y nocturnas. Las fichas de la Seguridad Social dan cuenta de las razones últimas de nuestras "bajas" y de los secretos trastornos de nuestros tejidos. Las policías almacenan nuestras huellas y analizan nuestro semen y nuestro sudor.

Los científicos, al parecer, se han pasado los años setenta vigilando la conducta de las ratas, los patitos de Lorenz y los pájaros de Tinbergen para dictar luego succulentas lecciones en las que se indican las claves que hacen falta para tratarnos como nos trataría Walt Disney —y qué sabrosa idea, el antropomorfismo racista del dibujante comparado con el neoneaturalismo de los partidarios de un hombre asesino—. Pero el trasiego en torno al cerebro ha sido la clave de la década. El miedo difuso favorece a los arbitristas. Ahora mismo acabo de leer que el Presidente Carter ha pedido ayuda a unos cuantos grafólogos, quirománticos, psicoanalistas y neurólogos para que le digan cuanto puedan acerca de

Jomeini. Es un propósito comprensible, porque Jomeini es un fenómeno inapresable y sólo cabe la sabiduría y el misticismo para que pueda convertirse en ficha manejable sobre la mesa presidencial.

Maya Pines, en un buen libro, se plantea el problema. En este mundo, en este país violento, donde los asesinatos son tan comunes que pasan casi inadvertidos, existe un profundo anhelo de alguna solución física y sencilla que pueda aplicarse a problemas sociales acuciantes. Ese es uno de los motivos de que la labor que realizan los científicos del cerebro en relación a la violencia despierte tanta fascinación (2).

(2) "Los manipuladores del cerebro" (Madrid, 1978).

Latinoamérica

HACIA UNA NACION DE NACIONES

CARLOS M. RAMA

UN balance de la década de los 70 que termina es, por definición, riesgoso —intelectualmente hablando— y en particular cuando se intenta para un "continente revolucionario" como se califica, con razón, a la América Latina. Osando tal operación, que implica en buena medida la apertura de reflexiones con vistas a la década de los ochenta que iniciamos, por lo

menos puede favorecerse mayores discusiones esclarecedoras y confrontar opiniones críticas de otros investigadores interesados en este campo.

La década de los sesenta se cerró con un explicable optimismo de todos aquellos que optaban por las soluciones revolucionarias y no era para menos. China, entonces, despertó grandes esperanzas. En Francia, la clásica tierra

de las grandes revoluciones —mayo del 68 daba el ejemplo de un nuevo tipo de movimiento social—, con ideas y tácticas originales, y (tal vez lo más importante) comprometiendo a sectores nuevos como el estudiantado y el campesinado. En América Latina estos grupos habían participado desde 1959 en el guerrillerismo, y la muerte de Ernesto Guevara (a) "Che" —el 7 de octubre de 1967—,

Perón, 1974.
El Negus, 1975.
Mao, 1976.
Charlot, 1977.
Bumedién, 1978.
Golda, 1978.
Moir, 1978.
Marcuse, 1979.
Rudi Dutschke, 1979.



si bien es cierto que cerraba la etapa de los movimientos rurales del decenio, daba una gran bandera y creaba un nuevo y potente mito. A partir de la derrota boliviana se manifiesta el guerrillerismo urbano en el Uruguay (que pone de manifiesto en el episodio de Dan Mitrioni de 1970 la dirección norteamericana de la contrainsurgencia) y que alecciona a chilenos, brasileños, puertorriqueños y ante todo argentinos.

Objetivamente las izquierdas avanzan unidas en alianzas electorales "para abrir el camino al socialismo", como lo demuestran las victorias de la Unidad Popular chilena en 1970, en Bolivia con el general Torres y en Argentina con Cámpora. Incluso en Uruguay, donde si no alcanzan la victoria en su primer año de acción consiguen nuclear el treinta por ciento de la población montevideana. Son los tiempos de la guerra de Vietnam y de las "hazañas" intervencionistas del dúo Nixon-Kissinger, ya sea directamente o por la mano de los subimperialismos regionales gendarmes de Brasil, Irán y Alemania Federal.

La combinación de esos recursos con el golpismo de los oficiales de los Ejércitos latinoamericanos, entrenados en Panamá, provoca una catástrofe para la democracia: el hundimiento de los regímenes constitucionales de Uruguay, Chile, Bolivia y finalmente Argentina, para dar paso a dictaduras neofascistas, apoyadas regionalmente en Brasil y Paraguay.

Aparentemente parecían

terminadas las posibilidades revolucionarias y hasta meramente democráticas para los latinoamericanos, pero en todo el mundo se inicia ya en 1974 una mala época para las dictaduras. En Europa meridional, con el apoyo de la socialdemocracia y, en definitiva, de la Comunidad Económica Europea, terminan las dictaduras en Portugal, Grecia, Turquía y España. La Administración Carter anuncia una política semejante y en los años siguientes en América Latina se inicia un proceso que abre la democratización de la República Dominicana, a la que siguen Ecuador, Perú, Brasil, Bolivia, y que culmina (con el aporte invaluable de México y el Pacto Andino), en la destrucción del régimen de Anastasio Somoza en Nicaragua. Las dictaduras clásicas o neofascistas que subsisten en 1979 tienen los días contados, y aunque se trata a menudo (como en el Cono Sur) de dictaduras institucionales a cargo del Ejército, administran la miseria. Son algo así como parásitos del hambre, pues no tienen soluciones ni a corto ni a largo plazo para resolver los problemas de sus respectivos países.

También está claro que simultáneamente son frenados los intentos radicales de la extrema izquierda, y en ello colabora la política de coexistencia pacífica entre las dos grandes superpotencias, la alianza china con Estados Unidos y la misma táctica de la Segunda Internacional Socialista.

Predominan en todas par-

tes las "soluciones a la española", hechas de consenso y de medias tintas, que corrigen lo necesario para permitir la salud y desarrollo del sistema económico capitalista por medio de lo que la Comisión Trilateral llama "democracias viables".

En vez de coerción, la manipulación; en vez de dictadores, expertos en medios de comunicación. El paro como intimidación al nivel de las masas, y el consumo como religión de todos.

Se dirá que esto es casi una definición de lo que se ha dado en llamar el "establecimiento", o si se quiere el "nuevo establecimiento", y que no excluye la posibilidad de crisis o explosiones políticas, y eso también es verdad. Siempre hay una izquierda de la izquierda que reintenta el camino revolucionario, y al otro extremo sigue vivo el neofascismo comprometido en la contrarrevolución.

El nuevo orden económico internacional

Al comienzo de la década, Estados Unidos dilapidaba en la guerra de Vietnam y en una costosa política armamentista. Hoy no está en condiciones de hacerlo frente al Irán, y debe atender a las sucesivas devaluaciones de su moneda envilecida por su política de energía barata y de prestigio exterior.

Incluso para los mismos norteamericanos está claro que "nuestra potencia va hacia su ocaso y que nuestros

mejores años están a nuestras espaldas", como termina de decir Edward Kennedy. Después de la libra esterlina, el dólar está feneciendo como moneda internacional. Todo ello repercute en el Tercer Mundo y en particular en esa región intermedia que es América Latina. La subregión está favorecida por un equipamiento de materias primas óptima, incluyendo energía, en tiempos en que se recomienzan a valorizar como lo demuestra la OPEP desde 1973 a la fecha. Países como Brasil, México y Argentina han alcanzado ya un estadio de su industrialización que les permite lanzarse a la exportación de artículos manufacturados. La integración regional es un hecho auspicioso en el Pacto Andino. Cuba ha consolidado sus estructuras económicas, sociales y políticas. En el Caribe hay países nuevos, resultado de la descolonización.

El Tercer Mundo, tal como se expresa el movimiento del grupo de los 77, reclama un "nuevo orden económico internacional" que valore los precios de las materias primas, establezca nuevas pautas monetarias internacionales, admita su creciente industrialización e intente controlar a las empresas multinacionales. En suma, una redistribución nueva de la riqueza del mundo, como la exponía Fidel Castro en la Asamblea General de las Naciones Unidas el 12 de octubre de 1979, en Nueva York.

Günder Frank piensa que hay la posibilidad de que triunfe ese "nuevo orden eco-



LOS INFELICES SETENTA

nómico internacional", pero presidido por los Estados Unidos en perjuicio de Japón y Europa Occidental, e incluso del Cuarto Mundo, pues con ello se prolongaría su dominio imperial. Es obvio que tal proyecto sería una salida a la crisis económica mundial y mejoraría las posibilidades de América Latina, o las está ya mejorando, como lo demuestra la prosperidad de Venezuela, México, Ecuador y otros países de la zona.

Mucho se ha comentado sobre el extraordinario crecimiento demográfico de América Latina. Dentro solamente de diez años los latinoamericanos serán la décima parte de la población del globo, y entre las diez primeras ciudades mundiales figurarán México, Buenos Aires, San Pablo y Río de Janeiro.

Eso pasará en el año 2000, pero entre tanto no se comenta que América Latina viene absorbiendo ese extraordinario aumento de la población, y en esta década, bien o mal, ha dado comida, techo, zapatos y libros en países donde la mitad de los habitantes tienen menos de quince años.

No hubiera eso sido posible sin la rápida tecnificación, a través de la industria. Está sucediendo lo que en 1929, en que la crisis del centro capitalista imperial coincidió con un espectacular avance de la industrialización latinoamericana. Estos cambios no son

uniformes, ni implican resolver el problema de la justicia social.

Pero de todas maneras, en la incesante desestructuración y reestructuración que caracteriza la vida socio-económica, las estadísticas demuestran —más allá de los menudos episodios políticos— que se está produciendo un avance global de los latinoamericanos dentro y fuera de sus fronteras.

Ahora sabemos que son la minoría más importante en el seno de los Estados Unidos (¿20 ó 30 millones?), pero al final de la década también están presentes en África a través de las empresas de los cubanos y brasileños, y hasta en Europa, con la ola de exiliados del Cono Sur.

Los hoy aproximadamente 370 millones de latinoamericanos están potenciando las lenguas latinas, y ofrecen una cultura viva y creadora ya mundialmente famosa por muchas de sus manifestaciones, y esta década ha sido fecunda en realizaciones. El catolicismo sigue siendo la gran tradición religiosa de la región, pero su clero está en crisis.

También a nivel de cultura de masas hay avances, lo que se corresponde con su creciente urbanización e industrialización.

Resumiendo, a pesar de tantos mártires, crímenes y errores, y sin perjuicio de que en la década haya que contabilizar graves derrotas, se podría afirmar que el pueblo latinoamericano avanza y también se integra en una nación de naciones. ■ C. M. R.

DECADA DE MARGINADOS

TERESA PAMIES

El año 1958 se reformó el artículo 61 del Código Civil que excluía como testigos en testamento a "mujeres, menores de edad, sordomudos y locos". Hasta 1978, y en las primeras Cortes posfranquistas, no sería retirada del Reglamento de la Benemérita una cláusula racista autorizando el acoso, suplicio y cautiverio de los gitanos por el solo hecho de serlo. Hasta enero del año en curso no ha sido suprimido del Código vigente el calificativo de "peligroso social" para el homosexual.

Mucho queda por corregir en materia de discriminaciones, pero la década que termina ha sacado de sus "ghettos" a millones de marginados por razones de sexo, de raza, de edad, de sexualidad y de apariencia. Han irrumpido como una fuerza social que ya no puede ser humillada, no para integrarse a la sociedad que les reprime, sino para ser lo que son sin esconderse, sin violar ninguna Ley. No piden que se les perdone o que se les tolere por ser mujer, tener un color de piel determinado, hallar placer sexual en personas del mismo sexo, estar sin trabajo o comportarse de manera distinta a la mayoría que se autodenomina normal en un mundo desquiciado en razón de esa "normalidad".

Los marginados han avanzado en el combate que algunos de ellos y ellas iniciaron a finales de

los sesenta. Han conseguido que sus reivindicaciones sean asumidas por partidos, instituciones y personas que, diez años atrás, les ignoraban o negaban que la lucha por cambiar la sociedad pasa, necesariamente, por la ruptura con la "normalidad" impuesta con las mayores aberraciones. A esa "normalidad" se acostumbró incluso la clase obrera; en ella se ha instalado, aunque sea incómodamente y con mala conciencia.

Marcuse vio claro

Herbert Marcuse, desde el marxismo, captó y analizó el papel que podrían jugar los marginados por cuanto representan a grupos humanos que "se niegan a reproducir su propia represión" y "no eluden la ruptura con la realidad dada". Se ha dicho que Marcuse sobrevaloró a los marginados sociales calificándoles de "la nueva fuerza revolucionaria". El mismo lo desmintió en discusión pública con sus discrepantes. "Estoy muy lejos de hacer tal afirmación, pero sí quiero indicar que hay, efectivamente en la sociedad, tendencias —andráquicamente, sin organizar, tendencias espontáneas— que anuncian la ruptura total con las necesidades dominantes en la sociedad represiva". Contestando a preguntas capciosas sobre "hippies" y otros marginados, Marcuse dijo: "Son característicos de un estado de desinte-

